



CAMACHOLOGÍA (1)

Si en el ministerio hubiera literatos, ya le habrían sacado del apuro al ministro de Hacienda, que no encuentra sobre quién echar la contribución.

Cualquiera que conozca nuestra anarquía de las letras, sabe que en España aún hay riqueza imposible que hasta ahora han respetado los hacendistas, porque no la han visto.

Yo tengo el honor de presentar á la consideración de Camacho, si es que Camacho es capaz de tener consideración, algunas ideas luminosas que le suministrarán mucho dinero, no mío, porque yo no tengo de eso, sino del prójimo.

Con el campo que yo abro á los ingresos del Te-

(1) Palabra compuesta de logos y Camacho, ministro de Hacienda muy respetable.

soro se logran dos bienes: pingües rendimientos para el fisco, y una notable mejora en la literatura.

Comencemos por los principios filosóficos de mi plan rentístico.

La contribución es cosa que duele, es un castigo. Dígalo si no el Sr. Maltrana, que anda bebiendo los vientos por no pagar la contribución, y va á hacerse casi célebre y casi orador á fuerza de repetir que no le da la gana pagar.

Pues si la contribución es un castigo, debe pesar sobre los delincuentes.

En la literatura se cometen diariamente una porción de crímenes y faltas graves y menos graves, que quedan impunes, porque Apolo no tiene Guardia civil, y es un dios que reina y no gobierna. Dé el Estado fuerza coercitiva á la literatura, y todo se arreglará. Hay mucho escritor malo; no es cosa de mandarlos más allá de las islas Filipinas, no por ellos, sino por las islas, que se iban á perder; tampoco se les ha de llevar á la cárcel; ¿cómo castigarlos? Con la contribución.

Mi amigo Eusebio Blasco ha calculado que hay unos trece millones de españoles que escriben versos; si á éstos se añaden los que no los escriben porque no saben escribir, pero los sueltan en forma de brindis, tenemos unos catorce millones; entre éstos habrá media docena de sujetos que ha-

gan versos buenos de veras... Pues todos los demás son los contribuyentes de que trato.

Comencemos por el género, ó, mejor, por la partida lírica.

Poetas del género Grilo. Pagarán cien pesetas por cada pie cuadrado de versos en que no digan nada entre dos platos.

Este se puede llamar impuesto sobre el viento, por lo ventosos que son tales poetas.

Poetas del género Velarde. Aquí hay que cargar la mano. Caldos y cereales: cada vez que hable Velarde, ó quien haga sus veces, de los sarmientos y de los pámpanos, y del mosto—máxime si va con Agosto—pagará un dineral, con arreglo al arancel que estableceremos. Se le prohíbe hablar de las mieses, y de si conviene ó no conviene que llueva para que salga el grano... ¿grano dijiste?... Venga la medida para áridos; á peseta por grano, señor poeta, y vamos andando. ¿Que ondea la mies imitando al mar? Pues cien pesetas por cada kilo de mies, y un 25 por 100 por razón de trasporte marítimo.

«Ya la oveja en el aprisco.....

Ganado lanar, cinco pesetas por cabeza. Pague usted, y sonsoniche.

«El gallo ya cacarea
En el corral de la aldea...

¡Yo le daré á usted el quiquiriquí! Cinco duros por cada ave de corral, y diez si es cabeza de familia, esto es, si es gallo.

Poetas del género averiado, contribución sobre los ripios.

Permíteme, aunque te asombre,
Y aunque tu pecho taladre,
Que ahora te hable como padre,
Después de hablar como hombre.

Permítame usted á mí que le ponga un sello móvil—un perro grande— al asombro, y otro perro móvil al taladro.

Poetas becquerianos.

RIMA

Ayer te ví pasar, ibas muy lejos,
Yo sólo ví tu sombra;
No necesito más; eso me basta
Y ya creo en la hostia.

Por sacrílego pagará usted mil pesetas de multa en papel sellado.

Esto, y mucho más, en cuanto á los poetas públicos.

Pero ahora vamos á la ocultación de riqueza de los poetas inéditos.

Es necesario hacer un catastro literario. Es preciso un amillaramiento de los manuscritos.

Se crea un cuerpo de liquidadores..... no se

alarme el Sr. Rico..... de liquidadores literatos.

Se crea otro cuerpo de carabineros críticos. Llega un autor de un drama que no se puede representar, según el poeta, *porque el público no está preparado*: el carabinero, el crítico, se deja querer, deja que el autor se lo lea, pero ayudado por la fuerza pública, á lo mejor de la lectura.... ¡zas! lo decodifica, lo lleva al liquidador, hace que lo pasen por el registro de hipotecas y que cobren por la inscripción y demás derechos esos caudales que suelen costar estas cosas.

«Ayer leyó el abuelo materno del Sr. X., *en petit comité*, á varios íntimos, unas poesías tituladas *Hierba buena*».

¡Bueno, bueno! Al registro con la hierba buena y el *petit comité* á la cárcel por encubridores.

«Ha sido nombrado de la comisión de... en la sociedad de escritores y escribanos...» Mil pesetas en sellos móviles...

«..... el Sr. Fernández...»

Dos mil pesetas...

«y González.»

Cuatro mil pesetas de recargo.

«El sábado próximo dará una velada en el Ateneo el eminente coplero...»

Sr. Camacho, á ese pídale V. un ojo de la cara.

En fin, por mí no queda. Si queréis, ya sabéis cómo se salva la Hacienda, y el arte de camino.